



CRÍTICA DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

**CLASE E IDENTIDAD EN
EL NEOLIBERALISMO**

Francisco Gaitán
Emmanuel Rodríguez
Guillermo García Torres
María Fernanda Rodríguez
Charlie Moya
Isidro López
Kike España
Escuela de las Periferias

**CUADERNOS DE
ESTRATEGIA** núm. 4

El declive de los movimientos sociales

Francisco Gaitán Pérez

El objeto de este artículo es analizar las transformaciones de los así llamados movimientos sociales en las últimas décadas, en particular en y tras el ciclo 15M-Podemos. Este ciclo largo, que abarca los últimos quince años, estuvo protagonizado fundamentalmente por el 15M, pero también por Podemos, las apuestas municipalistas y más tarde por las oleadas de movilización masiva en torno a la Huelga Internacional Feminista y la lucha contra el cambio climático. Hoy, sin embargo, nos encontramos con un escenario profundamente distinto. Los movimientos sociales se desarrollan frente —o junto— a un gobierno que se autodefine como feminista, verde, *lgbtfriendly* y comprometido con mitigar los excesos del capitalismo. En contraste con 2011, aquellos deseos colectivos de transformación radical de la realidad capitalista, parecen haber sido, en gran medida, absorbidos por las estructuras que antes se pretendía impugnar. La imaginación política ha sido domesticada. Los movimientos, sin desaparecer del todo, parecen haber aprendido a convivir con esta nueva forma de dominio.

A este proceso lo denominamos en el primer número de *Cuadernos de Estrategia* «La restauración de la normalidad».¹ Una «normalidad» que definíamos en contraposición

¹ Véase *La restauración de la normalidad*, *Cuadernos de estrategia*, núm. 1, 2024.

al acontecimiento excepcional del 15M, en tanto impugnación de la democracia representativa (bipartidismo), y del monopolio de la decisión política en manos de profesionales de la representación, que supuso una apertura de la posibilidad de participación política a cualquiera. Y una «restauración» no tanto en términos historiográficos sino, más bien, como un retorno a un escenario similar al periodo previo a 2011, en el que la gramática política se definía en torno a una serie de elementos constitutivos del Régimen del '78: la vuelta de la política al eje izquierda / derecha, el retorno de los enfrentamientos entre el nacionalismo español y los nacionalismos periféricos, y la democracia representativa partidista en tanto horizonte político de lo posible.²

Éranse una vez... los movimientos sociales

El fondo del aire es rojo. Mayo del 68

La noción «nuevos movimientos sociales» es una etiqueta sociológica acuñada por teóricos sociales (Touraine, Melucci, Offe) ante las movilizaciones feministas, antirracistas, ecologistas y pacifistas de las décadas de 1960 y 1970, a los que calificaron como «nuevos» en contraposición al «viejo» movimiento obrero. Sus luchas fueron definidas como «posmateriales» al no centrarse en las reivindicaciones tradicionales laborales o salariales e incluir elementos de formas de vida, valores y relaciones sociales. Sus formas organizativas, descentralizadas y horizontales los distinguían de los grandes partidos o sindicatos del momento. Sus protagonistas, mujeres, disidencias sexuales, jóvenes, y no solo de clase obrera, también los hacían «novedosos». De forma desconcertante para el *establishment*, la sociedad estallaba en un momento de crecimiento económico.

Desde nuestro punto de vista, este término minusvaloraba y terminó invisibilizando los elementos anticapitalistas presentes de forma expresa en muchas de las tendencias de las movilizaciones posteriores al '68. No fue tanto una crítica

² Emmanuel Rodríguez, *¿Por qué fracasó la democracia en España? La Transición y el Régimen del '78*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2015.

a la vertiente materialista del movimiento obrero ni una impugnación del marxismo lo que estas movilizaciones encarnaban, sino la emergencia de sujetos invisibilizados hasta entonces con demandas que excedían lo laboral / salarial porque desde sus posiciones las condiciones de explotación / opresión eran otras.

Las revueltas de mayo del '68 como acontecimiento político de escala mundial tuvieron unos efectos que se extendieron mucho más allá de aquellos meses de primavera: marcaron el inicio de un periodo de fuerte cuestionamiento del orden capitalista hegemónico por Estados Unidos. Aunque en este artículo nos vamos a centrar en las experiencias que se desarrollan en el centro del sistema mundo, en Occidente, no se puede entender el '68 sin las experiencias previas de los movimientos de liberación nacional, sin las luchas anticoloniales de Argelia, Vietnam o Cuba, o figuras como las de Fanon, el Che o Mao, quienes van a ejercer una enorme influencia en el pensamiento y en el imaginario político de aquellos años.

Existe un abundante material en torno al '68. Sin embargo, aquí queremos recuperar especialmente la crítica que la revolución del '68 dirigió a la izquierda, tanto a los partidos socialdemócratas de la Segunda Internacional como a los partidos comunistas de la Tercera Internacional.³ Una crítica que es doble. Por un lado, se señala a sindicatos y partidos por invisibilizar, cuando no por colaborar directamente con la opresión de parte de la clase: la opresión racial como modalidad en la que se vive la clase, o la opresión sexista experimentada, por ejemplo, por «las obreras del hogar».⁴ Así mismo se les reprocha haberse acomodado en la gestión del capitalismo en expansión, sosteniendo el pacto fordista basado en la explotación de ciertos cuerpos y también de los

³ Sobre la revolución de 1968, véase, «1968, una revolución en el sistema-mundo: tesis e interrogantes», en Immanuel Wallerstein, *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos*, Madrid, Akal, 2004.

⁴ El término *Le operaie della casa* [obreras del hogar] guarda relación con el feminismo autónomo italiano de los años setenta. El término da título a una de las revistas que era el órgano de expresión del Comitato per il Salario al Lavoro Domestico di Padova, un grupo que contaba entre sus miembros más destacados a Mariarosa Dalla Costa y Leopoldina Fortunati.

recursos naturales finitos, y de no haberse opuesto a unas guerras que alimentaban la voracidad infinita del complejo militar-industrial y el imperialismo.

Por otro lado, la influencia de la cultura hippie, el uso recreativo de las drogas, la aparición de nuevas formas de expresión en la escritura, el teatro, el cine y la música tuvieron un fuerte impacto en las nuevas generaciones. La revolución subjetiva protagonizada por la juventud desbordó el terreno de la fábrica como lugar privilegiado del antagonismo. Esto supuso un cuestionamiento de toda forma de disciplina: no solo de la forma partido y de la separación entre dirigentes y dirigidos, sino también de la jerarquía y burocratización en todos los ámbitos de la vida (la escuela, los hospitales, la familia, etc.), que dio lugar a una revuelta cultural o al surgimiento de una contracultura centrada en la experimentación de nuevos patrones de vida familiar, laboral e incluso de rechazo al desarrollo de carreras profesionales.⁵

Los años del desencanto

La derrota en las urnas o por las armas de estas gigantescas movilizaciones (el triunfo de De Gaulle, el terrorismo de Estado italiano), sumado a la crisis disparada por los precios del petróleo y aprovechada por monetaristas y neoliberales para dar un golpe de timón a escala global, cierran este ciclo. En la década de 1980, el movimiento obrero organizado se enfrentó a esta contrarrevolución capitalista encabezada por Thatcher y Reagan (cierres y reconversiones industriales, deslocalización de la producción, desregulación de la fuerza de trabajo); como sabemos, el polo neoliberal venció poniendo fin al segundo asalto protagonizado por el proletariado contra el capital y con este al viejo mundo de la clase obrera fordista en Europa y EEUU. En la década de 1990, junto con la implosión de la URSS y la caída del muro de Berlín, emerge una nueva atmósfera intelectual que puso punto y final a una era. Se instala por aquellos años un nuevo sentido común de época. Los grandes relatos que tenían a la clase obrera como

⁵ Sobre la noción de contracultura, véase «Subculturas, cultura y clase» en Stuart Hall y Tony Jefferson (eds.), *Rituales de resistencia*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2014.

protagonista quedan inhabilitados, se desmantela progresivamente la propia institucionalidad obrera, y con ello se desvanece la posibilidad de un horizonte estratégico de transformación socialista de la sociedad. Son «los años de nuestro descontento», de la larga «travesía por el desierto» y en cierto sentido de la renuncia a una transformación radical del sistema en su conjunto.⁶

Estas transformaciones asociadas a la contrarrevolución capitalista conllevaron a su vez la aparición de nuevas estrategias en los movimientos. Dos tendencias marcarán el periodo: una fracción proveniente de la época anterior opta por el «posibilismo», que supuso un proceso de despolitización, profesionalización e institucionalización de las luchas bajo la lógica del nuevo orden neoliberal y que terminará componiendo los nuevos cuadros de los partidos de la izquierda existente así como de las recién creadas ONG. Es la «industria de las relaciones raciales»⁷ que anima el multiculturalismo en Gran Bretaña o los programas que surgen de las Conferencias de la Mujer de la ONU.⁸ Otra parte del movimiento, reacia a la institucionalización y asentada en los márgenes,

⁶ Para tener un cuadro más completo de aquel periodo pueden leerse algunos títulos escritos por aquellos que, en situaciones muy adversas, cultivaron el pensamiento político: Antonio Negri, *Cárcel y exilio. Historia de un comunista II*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2017; Paolo Virno, *En los años de nuestro descontento. Diario de la contrarrevolución*, Madrid, Traficantes de Sueños y Tercero Incluido, 2024; Félix Guattari, *Plan sobre el planeta. Capitalismo mundial integrado y revoluciones moleculares*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2004; Santiago López Petit, *Entre el ser y el poder. Una apuesta por el querer vivir*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2009.

⁷ Para un estudio pormenorizado de la pacificación de las luchas negras británicas a través de su constitución en objeto de atención particularista por parte del Estado, véase Avtar Brah, *Cartografías de la diáspora*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2011; también los trabajos del Centro de Estudios de Cultura Contemporánea de Stuart Hall, en especial, CCCS, *El imperio contraataca*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2025. Para un análisis de la transición a demandas sectoriales de reconocimiento, véase el texto de Marisa Pérez Colina en *El sentido común punitivo, Cuadernos de Estrategia*, núm. 3, 2025.

⁸ Sobre las cuatro Conferencias Mundiales sobre la Mujer (Ciudad de México 1975, Copenhague 1980, Nairobi 1985 y Pekín 1995), véase Susan Watkins, «¿Qué feminismos?», *New Left Review*, núm. 109, Madrid, 2018.

constituiría lo que se conoció como el «movimiento alternativo»,⁹ compuesto por corrientes no integradas en esta fase y, en buena medida, por una suerte de «autonomía juvenil», una subcultura con capacidad para la construcción de instituciones propias como centros sociales, medios de contrainformación, locales, bandas de música, sellos propios... Todo ello dio lugar a una escena cultural alternativa y nuevas formas de vida, aderezadas por la actitud punk del *No Future* y una práctica ética definida por el *do it yourself*.

Del movimiento no global al 15M

Conforme nos aproximamos al «fin de siglo», desde otras latitudes emergió como una bocanada de aire fresco el levantamiento zapatista en 1994. A medio camino entre el antiguo modelo de guerrilla y las nuevas formas de organización en red, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) representó una innovación política significativa. No se limitó a reproducir el ideario revolucionario clásico de tipo foquista, sino que puso en primer plano las propias tradiciones comunitarias indígenas. Su liderazgo se subordinaba a las comunidades, bajo el principio de «mandar obedeciendo», invirtiendo así las tradicionales relaciones jerárquicas. Además, su forma de lucha se basaba en la autonomía, la democracia directa y la autoorganización, sin tener como objetivo el poder estatal, sino más bien «cambiar el mundo sin tomar el poder». Finalmente, la comunicación y el uso de las nuevas tecnologías jugaron un papel central para superar el aislamiento y conseguir el apoyo y la solidaridad internacional.

Inspirado pues en el EZLN y aupado sobre la extensión de internet y el trabajo de organizaciones de coordinación global como Vía Campesina, surge a finales de la década de 1990 el movimiento antiglobalización. Son los años de las contracumbres, de los encuentros del Foro Social Mundial, de la emergencia de los Centros de Medios Independientes (Indymedia) y de la irrupción de una nueva generación de militantes y formas de lucha, escenificadas en los distintos

⁹ Para una aproximación, véase Ramón Fernández Durán, *El movimiento alternativo en la RFA. El caso de Berlín*, Madrid, Encrucijadas, 2016.

tipos de enfrentamiento con la policía que protegía a las instituciones y líderes mundiales en los centros vallados de las ciudades. El movimiento antiglobalización estaba compuesto por colectivos y organizaciones diversos: sindicalistas, campesinos, anarquistas y disidencias que se reconocían como parte de un todo más amplio. Este movimiento descentralizado y plural, una suerte de nuevo internacionalismo, adoptará la forma red como modalidad de organización. Estas experiencias tuvieron su punto de inflexión en la contracumbre de Génova en 2001,¹⁰ marcadas por una feroz represión y el asesinato de Carlo Giuliani. Su muerte junto a los atentados del 11 de septiembre y los límites propios de una militancia nómada, que salta de una contracumbre a otra, marcará el fin de un ciclo y el inicio de una transición hacia formas de lucha más locales, descentralizadas y menos confrontativas.

En este sentido, desde las grandes movilizaciones contra la guerra en Irak de 2003 hasta la crisis de 2008, distintas experiencias irán germinando a lo largo de este periodo, compuestas fundamentalmente por grupos y colectivos «cuyo aspecto más interesante reside en la creación de dispositivos de lucha situados en algún lugar clave de la matriz social y económica, como la nueva forma de trabajo precario, la denegación de derechos a los migrantes transnacionales o las experimentaciones con nuevas tecnologías».¹¹ Estas iniciativas trataban de superar ciertos límites de los movimientos marcados por una práctica fundamentalmente juvenil, de minorías, con poca capacidad de contagio sobre el resto de la sociedad. En sus propios términos, el objetivo consistía en «salir del gueto» y vincular dichas prácticas a la generación de comunidades en lucha, que se entienden al mismo tiempo como parte de una «red de movimientos» más amplia.

En el ámbito metropolitano, emergen las primeras experiencias de los denominados centros sociales 2.0 que no solo se erigen como instrumentos para disputar el derecho

¹⁰ Sobre Génova puede leerse Raúl Sánchez Cedillo, «Lo que terminó y empezó en Génova» y Aitor Balbás Ruiz, «Génova 2001, città apperta», ambos artículos publicados en 2021 en *El Salto*.

¹¹ Véase Emmanuel Rodríguez, *Hipótesis democracia. Quince tesis para la revolución anunciada*, Madrid, Traficantes de Sueños, p. 120.

a la ciudad, sino que desarrollan proyectos productivos ligados a cooperativas o «empresas políticas», y, bajo el propósito de una alianza precario-migrante, acogen a las ODS (oficinas de derechos sociales). Este será el principal dispositivo de encuentro con la nueva composición social de una fuerza de trabajo precarizada y sin derechos, abriendo el campo del llamado sindicalismo social. En paralelo a las protestas universitarias surgidas contra la LOU (y después contra el Plan Bolonia), se organizan los primeros encuentros en torno a las nuevas tecnologías digitales, denominados *hacklabs*, así como laboratorios de autoformación al margen de las universidades en tanto canales oficiales de generación de conocimiento.

Llegados al final de esta periodización, podemos considerar que los llamados «movimientos sociales», en tanto forma de activación política no encuadrada en las instituciones del Estado, en cierto sentido son herederos de este doble movimiento histórico compuesto por la revolución del '68 y la resistencia a la contrarrevolución capitalista de los años ochenta y noventa.¹² Se trata de un cuestionamiento tanto de la legitimidad de las formas de organización histórica de la izquierda, como de la democracia entendida como democracia representativa, con su marco electoral, parlamentario y constitucional. Al mismo tiempo, los «movimientos sociales» siguen siendo contemporáneos del '68,¹³ en la medida en que los problemas planteados entonces siguen presentes, incluso con mayor intensidad, en la actualidad: cómo llevar a cabo una revolución en nuestras sociedades occidentales pacificadas; cómo sostener una política de emancipación, igualitaria, y radical sin caer en la cooptación o en una espiral de violencia en su confrontación con el poder; y cómo inventar nuevas formas de organización más allá de las concepciones clásicas

¹² Para una exposición más profunda véase, las Tesis VI y VIII de *Hipótesis democracia*, ob. cit.

¹³ Véase «Seguimos siendo contemporáneos de Mayo del 68» en Alain Badiou, *La hipótesis comunista*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2025.

de la política del siglo XX centrada en partidos, sindicatos y la representación parlamentaria. En definitiva cómo mantener viva la hipótesis de que un mundo no capitalista es tan necesario como posible.

Sin embargo, bien al contrario, tras el fin de ciclo 15M-Podemos y después de la pandemia de covid-19, estas preguntas no están en el centro de las preocupaciones de los movimientos sociales; estos se encuentran en una fase completamente distinta a la que vivieron los protagonistas de la revolución del '68 y de la contrarrevolución neoliberal de las décadas posteriores. Si bien aquellos años se caracterizaron por una notable creatividad e imaginación política, así como por la búsqueda de nuevas formas de organización, la experimentación de nuevas relaciones sociales y el cuestionamiento radical de las instituciones heredadas, en la actualidad las hipótesis que parecen estar emergiendo sugieren un cierto retorno a estructuras organizativas más bien «clásicas», basadas principalmente en la forma sindical y en la forma partido.

Este proceso sin duda guarda relación con la emergencia de la «nueva política», expresada a escala europea en partidos como Podemos y Syriza, así como en las distintas experiencias de las candidaturas municipalistas para el territorio español. La forma partido que representó la «nueva política» tuvo una serie de impactos en el movimiento 15M sobre el que se construyó, así como sobre la forma de entender la política en un sentido más general. Aquí, cabría señalar al menos dos de esos elementos. En primer lugar, la centralidad que adquiere el paradigma de lo comunicativo como criterio para medir la eficacia de la acción política, sobre el que nos extenderemos más adelante.¹⁴ Y un segundo elemento, la re-colocación por parte de la forma partido de la política en el terreno del Estado, de lo electoral, de la arena parlamentaria. Es más, si bien el inicio del ciclo 15M estuvo marcado por una politización masiva y una apertura de la participación política a cualquiera, la «nueva política» redujo la política al gobierno de «los pocos y los mejores»;¹⁵ a una suerte de *expertise*, de

¹⁴ Véase Emmanuel Rodríguez, *La política en el ocaso de la clase media. El ciclo 15M-Podemos*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2016.

¹⁵ Véase José Luis Moreno Pestaña, *Los pocos y los mejores. Localización y*

saber técnico y especializado mediante el cual se volvía a restituir por la puerta de atrás una suerte de meritocracia que el 15M había puesto en jaque con su irrupción.

Por lo tanto cabría preguntarse si estamos presenciando el ocaso de los movimientos sociales, tal y como los hemos conocido hasta ahora; si estos han aprendido a convivir bajo las nuevas formas de dominio; si estas fuerzas que en un principio parecían desafiar el orden establecido han acabado siendo absorbidas por las mismas estructuras que intentaban transformar; si se han convertido en una pieza más del engranaje de las nuevas formas de gobierno. A continuación nos detendremos en algunos de los procesos que pueden haber jugado un papel en este declive de la potencia política de transformación de los movimientos sociales.

Límites y contradicciones de los movimientos sociales

Diez, cien, mil luchas sociales

Si bien seguimos siendo contemporáneos del '68, el mundo actual difiere profundamente del que habitaron nuestros padres en su juventud. En los últimos cincuenta años, el capitalismo ha atravesado un proceso de reestructuración que ha transformado radicalmente sus formas de acumulación y dominio: la globalización neoliberal, la financiarización de la economía, el desarrollo de internet y las nuevas tecnologías de la información y la reorganización del trabajo han alterado no solo las condiciones materiales de existencia, sino también las coordenadas desde las cuales se organiza y se piensa la acción política.

En este contexto, la emergencia de la red como forma de organización desde finales de los años noventa no puede entenderse como una simple cuestión técnica, sino como una respuesta estructural a la configuración actual del capitalismo. La paulatina desaparición de la fábrica fordista y del barrio como espacios de socialización y conflicto ha sido reemplazada por la red, en un mundo caracterizado por la dispersión territorial, la fragmentación social y la individualización exacerbada. En este escenario, la red se convierte en un nuevo territorio de

existencia y resistencia: un espacio donde se entrelazan vida y trabajo, pero también donde se ensayan nuevas formas de lucha. Esta forma reticular expresa en cierto sentido una nueva gramática política: ya no se trata de organizarse en torno a una identidad unitaria o una clase homogénea, pero tampoco basta con afirmar la pura multiplicidad. El desafío reside en construir una articulación entre la diversidad de las luchas y la necesidad de un horizonte común.

El ciclo de luchas que se abrió con el 15M ilustró con claridad estas tensiones. Durante el momento de las acampadas, se logró construir un espacio compartido de deliberación y acción: las asambleas generales, comisiones, grupos de trabajo y asambleas barriales o territoriales funcionaron como embriones de una suerte de poder constituyente. Sin embargo, el declive de las luchas y el vaciamiento de estas estructuras dio lugar a una progresiva vuelta a los colectivos sectoriales y a las dinámicas organizativas previas. La dificultad para sostener una forma organizativa común y estable dejó al descubierto uno de los problemas centrales de los movimientos sociales contemporáneos: cómo sostener en el tiempo una forma de organización que no se acabe diluyendo o refugiando en los viejos modelos de representación jerárquica.

La parcelación de las luchas en distintos ejes temáticos —feminismo, antirracismo, ecologismo— o en áreas de intervención —centros sociales autogestionados, nuevas formas de sindicalismo social, distintas agrupaciones o colectivos políticos—, si bien permite la profundización en problemáticas locales concretas como la precariedad, las fronteras o la gentrificación, también provoca aislamiento de las luchas y dificulta la construcción de un horizonte común. En esta constelación de iniciativas dispersas, configuradas bajo la forma de una red difusa, la falta de articulación se experimenta muchas veces como una debilidad en la capacidad de incidir políticamente a gran escala.

Esta tendencia a la organización en y a través de la red, no solo pone de manifiesto el uso por parte de los movimientos de internet en tanto herramienta organizativa, sino que hace de la red el modelo privilegiado desde el que pensar la propia estructura organizativa. Por lo tanto el problema aquí

reside en pensar qué forma organizativa, más allá del modelo de organización en red, nos permitiría superar esta situación de incapacidad de incidir políticamente: cómo podemos alinear todas estas luchas concretas en una lucha de clases más general si cada una de estas luchas está absorbida en su propia agenda, persiguiendo sus propios objetivos.

A partir del declive de las movilizaciones del 15M, este vacío ha sido ocupado por el campo institucional, que, bajo la forma del partido de la «nueva política» o del «gobierno progresista», se ha presentado como el único espacio capaz de dotar de coherencia y unidad a las distintas luchas que se despliegan desde los movimientos sociales. Ya sea en consonancia con la prédica populista del partido / líder como signifiicante vacío que conecta la cadena de equivalencias, o como opción de mal menor frente al avance de la ultraderecha, esta vía ha tendido a encauzar la potencia de los movimientos hacia una lógica de representación.

El paradigma comunicativo

Este déficit de incidencia se ha intentado suplir mediante la integración de los movimientos en lo que se ha denominado el paradigma comunicativo, es decir, mediante la construcción mediática como principal criterio de eficacia política.

Uno de los elementos centrales del ciclo 15M fue la emergencia y consolidación de una contraesfera mediática con capacidad para producir noticias, propuestas y debates políticos al margen de los grandes medios de comunicación. Esta contraesfera cumplió el papel fundamental de mediación entre la minoría movilizada y el resto de la población. Al principio, las recién extendidas redes sociales sirvieron para la organización interna del movimiento —lo que se llamó el continuo plaza-red—, pero con el progreso de la hipótesis del asalto institucional, el objetivo pasó a ser la construcción de mayorías, llegar a más gente y, en términos del primer Podemos, «construir pueblo».

Esta contraesfera dio lugar a una nueva constelación de medios —*Público*, *La Marea*, *El salto*, *elDiario*, *Ctxt*— que a su vez desarrollaron un uso cada vez más profesionalizado de las redes sociales, al igual que hicieron las asambleas del

15M y más tarde las candidaturas municipalistas o Podemos. Hoy, cualquier movimiento que se precie debe contar en su estructura con un «departamento de comunicación» que se encargue de la formación y construcción de portavoces, de la elaboración de argumentarios así como del diseño de estrategias comunicativas.

Sin embargo, conforme se fue produciendo un descenso de las movilizaciones así como un declive de los conflictos sostenidos a lo largo del tiempo, esta contraesfera comunicativa comenzó a plegarse sobre sí misma. Convertida en el espejo de la «nueva política» y concentrada sobre las batallas culturales de la política institucional, esta ha quedado reducida no solo a lugar de promoción para una minoría militante activa, sino que ha perdido carácter como principal espacio de orientación y discusión política.¹⁶ En este espacio se despliega ahora una lucha encarnizada por captar y retener la atención de los demás, dando lugar a un nuevo paradigma político que algunos autores denominan «hiperpolítica»: «Una forma de politización sin consecuencias políticas claras en la que si bien la esfera pública se ha repolitizado y reencantado, esta lo ha hecho en términos más individualistas y cortoplacistas, que evocan a su vez la fluidez y el carácter efímero del mundo en línea».¹⁷

Ligado a este deterioro de la discusión y el debate político en redes, se ha producido al mismo tiempo la emergencia de una suerte de *moralismo político* en los movimientos, un tipo de «política de la retórica y del gesto que es en sí misma síntoma de la pérdida de la esperanza en lograr un cambio en niveles más significativos».¹⁸ La ausencia de una alternativa política clara, capaz de articular un horizonte compartido de transformación, ha llevado a los movimientos sociales a una especie de parálisis frenética.¹⁹ Se trata de una paradoja:

¹⁶ Véase Emmanuel Rodríguez, «La izquierda pos15M: pilar de la Restauración», *La restauración de la normalidad, Cuadernos de Estrategia*, núm. 1, 2023.

¹⁷ Sobre el término «hiperpolítica», véase Anton Jäger, «Hiperpolítica, USA», *New Left Review*, núm. 149, Madrid, 2024.

¹⁸ Véase Wendy Brown, *La política fuera de la historia*, Madrid, Enclave de Libros, 2014.

¹⁹ Véase Paolo Virno, *Sobre la impotencia*, Madrid / Buenos Aires, Tercero Incluido / Tinta Limón / Traficantes de Sueños, 2021.

mientras desde los movimientos se despliega una intensa actividad y agitación, especialmente en redes sociales, esa energía no logra traducirse en una transformación efectiva de las estructuras del orden existente. Esta impotencia genera una creciente frustración y resignación entre quienes militan, promoviendo un repliegue hacia una política más centrada en el reproche y la propagación de culpabilidad que en la solidaridad y clarificación de los objetivos políticos propios de nuestras organizaciones.

Hijos del agravio o sobre la cuestión de las identidades mal entendidas

Esta dinámica, hasta cierto punto importada de Estados Unidos y sus formas políticas relacionadas con las políticas de la identidad, funciona como una especie de gas que se extiende paulatinamente cubriendo el medio ambiente activista. Termina aislando, fragmentando y confinando a los movimientos en lo que Fisher denomina el Castillo de los Vampiros, esto es, termina encerrando a «las personas en sus campos identitarios, donde quedarán para siempre definidas según parámetros establecidos por el poder dominante, paralizadas por la conciencia de sí mismas, aisladas por una lógica de solipsismo que insiste en que no podemos entendernos entre nosotros a menos que pertenezcamos al mismo grupo identitario».²⁰

En este contexto, los discursos moralizadores tienden a tomar los efectos por las causas: las desigualdades dejan de ser concebidas como el efecto de estructuras impersonales («estar oprimida por el patriarcado») para pasar a ser vividas como características o atributos de la identidad («ser mujer»). Se produce así la inversión del conocido lema feminista «lo personal es político» por su reverso «lo político es lo personal» mediante el cual la política es redefinida sobre la base fundamentalmente de exigencias individuales, así como de la expresión de malestares personales.²¹ Por tanto, lo determinante en política a día de hoy no es tanto lo que hacemos colectivamente junto a otras sino lo que cada quien declara ser.

²⁰ Véase Mark Fisher, *K-punk*, vol. 3, Buenos Aires, Caja Negra Editora, 2021.

²¹ Véase «La deriva neoliberal de los cuidados», de la Escuela de las Periferias, en este volumen.

Estos cambios subjetivos están en consonancia con la transformación del régimen de desigualdades. La desigualdad ha dejado de entenderse en relación con nuestra posición de clase, para articularse como una experiencia singular asociada a la norma de la igualdad de oportunidades meritocrática, en la que lo determinante ya no es solo el factor económico, si es que alguna vez lo fue, sino una multiplicidad de factores entre los que se encuentran el patrimonio, el nivel educativo, la edad, el género, la racialización, la sexualidad, etc. Tal y como argumenta François Dubet a propósito de dicha transformación, hoy «la estructura de las desigualdades de clase se ha multiplicado en una sumatoria de factores que vivimos como pruebas individuales y sufrimientos íntimos».²²

Estos factores se han entendido como ejes de desigualdad y su proliferación ha dado lugar a numerosas discusiones en los últimos años sobre cuál debería ser la cuestión central de la lucha. Sin embargo, en estas líneas no se pretende reproducir el manido debate entre política de la identidad y política de clase. No se trata de determinar cuál es la cuestión central ni de hacer de menos las opresiones por motivos de sexo, raza o género: estos son elementos intrínsecos del capitalismo, fundamentales a la hora de entender cualquier política que busque la emancipación, ya que esta siempre pasa por la socialización y puesta en común de esas opresiones. En ese sentido, la afirmación de la identidad constituye un elemento central en la autodeterminación de cualquier colectivo o sujeto.

Ahora bien, reconocer esta centralidad, no impide advertir que, en nuestras sociedades neoliberales, la cuestión de las identidades suele dar lugar a «malos entendidos». Bajo esta perspectiva, la política tiende a quedar reducida a la reparación de un daño, mediante el cual las personas aparecen bajo la condición de *víctima*, negando al menos en parte su capacidad de *agencia*.²³ Esta centralidad de la *víctima* supone al mismo

²² Véase Françoise Dubet, *La época de las pasiones tristes*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2001.

²³ Sobre la cuestión de la *agencia* en relación con la categoría de víctima véase el diálogo a partir de los siguientes artículos: Fundación de los Comunes, «¿Hay que abandonar el feminismo? Potencias y límites en la co-

tiempo un desplazamiento en la manera en la que se conciben los problemas, las injusticias o las desigualdades en los propios movimientos. Como se mencionó anteriormente, no se trata de negar la experiencia de opresión, sino más bien de señalar cómo, bajo el neoliberalismo, estas se convierten en un criterio de afirmación individual que introduce una jerarquía moral entre sujetos según su «sufrimiento» declarado. Así, la opresión percibida, al ser interpretada en términos individuales en lugar de un elemento estructural del sistema, se convierte en una fuente de autoridad que legitima a quien declara sufrirla para opinar sobre ciertos asuntos, restringiendo la posibilidad de un debate político honesto y abierto.²⁴

Por otro lado, si uno puede «afirmar que ha sido perjudicado de alguna manera por su identidad, puede apelar al Estado en busca de *protección*. Es precisamente la condición de víctima y la promesa de protección por parte del Estado lo que se vincula a la categoría de identidad».²⁵ Por lo tanto, la tendencia a convertir la política en una cuestión de reparación de agravios, aislados y desvinculados de un proyecto de transformación colectiva, produce sus propias formas de integración, ya sea mediante la promulgación de derechos o mediante la representación social de grupos oprimidos. Como expresa Butler en *Mecanismos psíquicos del poder*: lo que llamamos política identitaria sería el producto de un Estado que solo puede asignar reconocimiento y derechos a sujetos totalizados por la particularidad que les otorga su condición de querellantes.²⁶

Además, en esta perspectiva en la que la política es entendida como un asunto de elecciones personales, gestos

yuntura actual» y Silvia L. Gil, «Notas (rápidas) a partir del artículo “¿Hay que abandonar el feminismo?”», ambos publicados en *El Salto* en 2022 y disponibles online.

²⁴ Véase al respecto la discusión de Cedric Johnson con Asad Haider sobre las políticas de la identidad y «la epistemología del punto de vista» en *Las panteras negras ya no pueden salvarnos*, Madrid, Libros Corrientes, 2020, p. 77; véase asimismo Asad Haider, *Identidades mal entendidas*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2020.

²⁵ Véase «Entender mal las políticas de identidad: Una conversación con Asad Haider», *Zona de Estrategia*, 13 de junio de 2024; disponible online.

²⁶ Judith Butler, *Mecanismos psíquicos del poder*, Madrid, Cátedra, 2001.

morales y reparación de agravios, sobresale la figura del «aliado o aliada» como contraparte a la figura de la víctima. Ser aliado requiere tiempo y esfuerzo para la adquisición de toda una serie de disposiciones y hábitos, al fin y al cabo es una operación de inversión sobre uno mismo: trabajar la escucha, no ocupar el centro, hacerse a un lado, reconocer los privilegios, etc. Como señala Dean, «la condición de aliado es un síntoma del desplazamiento de la política hacia las técnicas individualistas de autoayuda y el moralismo de las redes sociales del capitalismo».²⁷ Al tratarse más de una cuestión ética e individual que de un compromiso colectivo por la transformación, la figura del aliado reproduce precisamente aquello que dice combatir, una separación y una división jerárquica entre un «nosotros» (los oprimidos) y un «ellos» (los aliados). Sin embargo, la solidaridad y camaradería no reside tanto en si uno elige (o no) ser aliado, sino más bien, en «estar unido a personas aun cuando uno no haya experimentado personalmente su particular opresión».²⁸ La solidaridad, como señala Holly Lewis,²⁹ no es «una cuestión de unidad pluralista y multicultural, y de armonía», sino que esta implica antagonismo, compromiso, así como el gesto de «tomar partido», que siempre pasa por la lucha y la organización colectiva por transformar las condiciones sociales que nos oprimen.

Institucionalización

Si bien desde los años setenta se han dado procesos de institucionalización de parte de los movimientos de forma continua, hoy día podemos constatar que se está produciendo otra vuelta de tuerca respecto a la institucionalización. Dicha vuelta de tuerca no pasa tanto (o no solo) por la alteración de

²⁷ Sobre la cuestión de la figura del «aliado», véase «De aliados a camaradas» en Jodi Dean, *Camarada. Ensayo sobre la pertenencia política*, Barcelona, Verso, 2025.

²⁸ Véase Keeanga Yahmta Taylor, *Un destello de libertad. De #Blacklives-matter a la liberación negra*, Madrid / Buenos Aires, Traficantes de Sueños / Tinta Limón, 2017.

²⁹ Véase Holly Lewis, *La política de todes. Feminismo, teoría queer y marxismo en la intersección*, Barcelona, Bellaterra, 2020.

sus formas de autopercepción, lucha y reivindicación como por una suerte de integración en las instituciones del Estado como forma de gobierno.

Los movimientos, en su relación con el Estado, se ven enredados en una política que tiende a producir sus propias formas de integración mediante la ampliación de derechos o la producción de políticas positivas. Wendy Brown señala que al establecer el derecho como horizonte político en nuestras sociedades neoliberales «es más probable que los derechos se conviertan en espacios de producción y regulación de la identidad como agravio que en vehículos para la emancipación».³⁰ Aunque Brown reconoce la importancia y la urgencia de las luchas por la adquisición y el reconocimiento de derechos, estos no producen una transformación estructural sino que más bien desplazan el conflicto al terreno de la reparación administrativa de un agravio que termina funcionando como mecanismo de sujeción, normalización e integración de la diferencia.

Es más, los movimientos quedan anclados a la producción de ley, al ámbito de lo legislativo. Atrapados en la función de *lobby* o *grupo de presión* como principal forma de organización, la acción política de los movimientos pasa a estar dedicada fundamentalmente a «asesorar, vigilar y controlar el desarrollo de las normas ya existentes: leyes, ejecuciones presupuestarias, transposición de normativa europea o internacional, legislación internacional sobre derechos humanos».³¹ Asimismo, la forma *lobby* consume los principales recursos humanos, organizativos y simbólicos de una organización. Su territorio privilegiado de acción es el informe, el *marketing* político, la comunicación, la selección de perfiles o casos representativos, donde se priorizan perfiles de alta formación y capital cultural (como puede verse en las portavocías de algunos movimientos en la actualidad).

Un ejemplo de todo esto lo encontramos en la potencia expresada por el movimiento feminista a lo largo del ciclo 2016-2020. Esta potencia se expresó, entre otras formas, en

³⁰ Véase Wendy Brown, *Estado del agravio. Poder y libertad en la modernidad tardía*, Madrid, Lengua de Trapo, 2019.

³¹ Véase PAH Vallekas, «Formas de organización del movimiento de vivienda: el sindicalismo social», *Zona de Estrategia*, 2024; disponible online.

la reapropiación de la herramienta de la huelga más allá del ámbito tradicional de la producción, en la visibilización de la violencia contra las mujeres, y también en la capacidad de poner sobre la mesa temas como la autodeterminación del deseo y del cuerpo, así como la centralidad de la división sexual del trabajo en relación con la ley de extranjería. Sin embargo, esa potencia expresada por el movimiento a lo largo del ciclo feminista se vio sobredeterminada en última instancia por lo que el gobierno decidió asumir, esto es, solo la cuestión de la violencia sexual, expresada en la ley del «solo sí es sí».³² Los debates en torno a la ley y a sus efectos en las condenas coparon la arena pública: la agenda y los tiempos de los movimientos sociales terminaron, una vez más, plegados a los tiempos y la agenda institucional.

Quizás podamos preguntarnos entonces si esto supone una suerte de *institucionalización tardía* de los movimientos sociales, consistente en una aceptación al menos por una parte de los mismos de cumplir un papel dentro de las fuerzas de izquierda, que podría resumirse en «presionar desde fuera para sancionar conquistas en formas de leyes y derechos provistos por los gobiernos de izquierda». O si, por otro lado, en tanto que movimientos, es posible ir más allá del paradigma liberal y la paradoja de los derechos humanos cuya lógica tiende a reducir la transformación social a la reparación institucional de daños mediante derechos y leyes. En definitiva, podemos entender esta institucionalización de los movimientos sociales como una operación política por parte del capitalismo, una forma de gobernar todo aquello que sucede en los márgenes de la política institucional. En el contexto actual, estos movimientos cumplen para el neoliberalismo un papel análogo al que desempeñaron los sindicatos y partidos para el fordismo: constituyen una forma de integración y neutralización de lo que eufemísticamente se denomina la «cuestión social», es decir, los conflictos y la lucha de clases que se producen en nuestras actuales sociedades de clases medias. Nos encontramos ante una sociedad civil en la que los movimientos sociales, junto

³² Véase Colectivo Cantoneras, «La hegemonía de la clase media en el último ciclo feminista», *La restauración de la normalidad. Cuadernos de Estrategia*, núm. 1, 2023.

con otros agentes del tercer sector como ONG e iniciativas ciudadanas, funcionan como sujetos e interlocutores válidos encargados de mediar en todos aquellos conflictos o luchas que se producen en los márgenes del Estado.³³

Viejas cuestiones, nuevas preguntas

Desde 2011 ha habido momentos de expresión de enorme potencia —15M, las movilizaciones de las Mareas, la huelga feminista, las movilizaciones por el clima—; sin embargo, desde los movimientos sociales nos hemos mostrado poco eficaces a la hora de abordar esos momentos a través del diálogo y la puesta en común de diferentes hipótesis.

El debate y la confrontación de hipótesis no suelen estar muy extendidos en los movimientos sociales, más bien estos suelen caracterizarse por el cierre de filas y la fidelidad para con los suyos; en las nuevas formas partidistas y sindicales, parece que esto aparece todavía en mayor grado, en tanto están atravesados por las formas de marketing político hegemónico, que prohíben manifestar dudas o límites. Si bien los espacios para la discusión y el debate son necesarios, eso no significa que siempre tengamos que estar de acuerdo en todo. Se hace necesario crear las condiciones para que el disenso entre compañeras tenga cabida, para generar espacios en los que la diferencia pueda ser cultivada como un valor político. Los análisis y debates políticos conjuntos pueden producir la camaradería y solidaridad necesaria entre compañeros para la construcción de otro tipo de relaciones, para la construcción de una cultura política propia. Sin esto, que en ocasiones puede parecer muy poco, las líneas políticas siempre vendrán definidas desde fuera: por un gobierno, por un partido o por una ley.

Pensemos por ejemplo en el 15M. En tanto insurrección democrática, este expresó una enorme potencia por su masiva capacidad de politización, por su cuestionamiento de la política de representación, así como por su oposición a la política austericida de la Troika. Sin embargo desde los

³³ Véase Pablo Carmona, «Reformas no reformistas. Mediación política, crisis y Estado», *Zona de Estrategia*, 2025; disponible online.

movimientos no fuimos capaces de hacernos cargo de esa potencia y dotar al acontecimiento 15M de una salida política que fuera más allá de las plazas. Podemos decir que el 15M murió en los barrios y pueblos de nuestras ciudades, mientras que la única alternativa que se planteaba, más allá de repetir lo mismo, era la hipótesis de un asalto institucional.

Una situación similar podemos encontrarla en las movilizaciones por el clima —*Fridays for Future* y *Extinction Rebellion*—. Estas expresaron una gran potencia por su capacidad de movilizar a millones de personas, por politizar a nuevas generaciones y por situar en el centro del debate cuestiones como la emergencia climática, el cuestionamiento del modelo económico basado en el crecimiento infinito o la relación entre crisis ecológica y crisis económica. Si bien la continuidad de las movilizaciones se vio interrumpida por la pandemia, la enorme potencia expresada en un primer momento acabó perdiendo la iniciativa en detrimento del campo institucional y de la «nueva política», que convirtió la transición verde en el *leitmotiv* de su agenda.

En gran parte, esto se debe a que los movimientos —siempre más centrados en el hacer, en lo inmediato y con la mirada puesta en el «aquí y ahora»— parecen carecer de una cultura o tradición política propia, distinta de la izquierda «clásica», a la hora de abordar las viejas cuestiones relacionadas con el poder, como la organización, la táctica y la estrategia. Este vacío fue aprovechado por la «nueva política» que, mediante la difusión de sus hipótesis —la populista, la del techo de cristal de los movimientos sociales, la de la casta, entre otras, todas coherentes con la tradicional delegación política en los «mejores representantes» de las democracias liberales—, logró interpretar la coyuntura y capitalizar el momento.

En la coyuntura actual, en un contexto marcado por la incertidumbre de un capitalismo en declive³⁴ y con la guerra como escenario de fondo, podemos destacar dos lecturas en torno a la cuestión estratégica. Una, la estrategia socialista,³⁵ para la

³⁴ Véase *El declive del neoliberalismo. La crisis de la solución a la crisis*. Cuadernos de Estrategia, núm. 2, 2024.

³⁵ Véase el documento Euskal Herriko Kontseilu Sozialista, «Nueva estrategia socialista. Bases estratégicas para la composición internacional del co-

que es necesaria la construcción de una organización de militantes en torno a un programa y unos principios, con el objetivo de reconstruir el Partido Comunista para el siglo XXI. A la segunda lectura la podríamos denominar la estrategia sindical. De manera muy resumida, esta consiste en organizar más y mejor la dimensión sindical mediante una federación o confederación de organizaciones ya existentes en torno a las luchas en el ámbito productivo y reproductivo.³⁶ Ambas propuestas responden a este contexto de incertidumbre, tratan de hacer inteligible la actual coyuntura. Sin embargo, ambas parecen más preocupadas en la lucha por la hegemonía sobre lo que queda de los movimientos sociales al final del ciclo que por anticipar el próximo escenario que vendrá.

Sobre la cuestión de la estrategia nos gustaría agregar un par de apuntes.³⁷ La autonomía obrera italiana de los años setenta hablaba de *tendencia* como principio teórico que guiaba tanto su práctica política como sus experiencias de investigación. En otras palabras, se trataba de trabajar sobre aquellos aspectos del presente que contenían, como urgencia, como potencialidad, como necesidad, las huellas del devenir futuro posible.³⁸ Salvando las distancias, en primer lugar, cabría preguntarse dónde se encuentra hoy la tendencia que nos permite vislumbrar el comunismo como «movimiento de lo real», por expresarlo en términos «clásicos». En contraste con «la edad de oro del capitalismo», un periodo de capitalismo «progresivo», capaz de generar un ciclo expansivo, de revolucionar la producción y con ello engendrar al mismo tiempo su negación, es decir, un movimiento obrero capaz de superar el estado de cosas; en la actualidad, nos encontramos ante un capitalismo fundamentalmente de

munismo», diciembre de 2023; disponible en <https://gedar.eus/pdf/ehks/nuevaEstrategiaSocialista.pdf>

³⁶ Para una idea sobre esta hipótesis puede leerse Sindicato de Inquilinas / Sindicat de Llogaters, *Poder inquilino*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2025.

³⁷ Véase Emmanuel Rodríguez, «Prólogo a un debate estratégico», *La política en el ocaso de la clase media*, ob. cit. También «Ateneo, cooperativa, sindicato: un programa del siglo XIX para el siglo XXI», *Zona de Estrategia*, 3 de mayo de 2024; disponible online.

³⁸ Véase Franco Berardi (Bifo), *Últimos fulgores de la modernidad*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2025.

carácter «compresivo», una sociedad que, incapaz de generar un nuevo ciclo de acumulación, implosiona lentamente, donde los procesos de automatización reducen el ciclo de vida de las mercancías e intensifican la competencia entre capitales por cuotas de mercado ya existentes.³⁹ Por lo tanto, debemos preguntarnos ¿dónde podemos encontrar, en este contexto, las principales líneas de transformación? ¿Dónde se están gestando esas dinámicas de lucha y experimentación que nos permiten leer el movimiento real que anula y supera al estado de cosas actual?

En segundo lugar, y vinculado con el punto anterior, la estrategia no es algo que pueda diseñarse o producirse sino, más bien, algo que siempre está por descubrirse. Esta se manifiesta en la propia crisis, ya que es la propia experiencia de la crisis la que va a construir las formas organizativas propias de esa coyuntura. Un claro ejemplo de esto es que no puede comprenderse la existencia de la PAH sin situarla en el marco de la crisis de las hipotecas basura que afectó a miles de personas. De la misma manera que resulta imposible comprender el surgimiento y consolidación del sindicato de inquilinas sin la crisis posterior en torno al alquiler. En este sentido, la estrategia no puede limitarse a un mero ejercicio teórico o intelectual, sino que requiere cierta conexión práctica con lo «que ocurre», cierta correspondencia entre el conocimiento producido para transformar la realidad y las luchas que se están librando.

El problema es que el nivel de desorientación política hoy día es alto. Los mapas con los que pensábamos la crisis de 2008 no nos valen para entender la realidad, estos no guardan apenas relación con la coyuntura presente. Nuestro enemigo aprendió de los levantamientos globales del ciclo anterior y no está dispuesto a volver a caer en una situación de ingobernabilidad que pueda acabar con su posición de mando. Por otro lado, nos preguntamos cuánto tiempo puede durar la anómala situación de «estabilización relativa» española, sobre todo si la comparamos con la situación de nuestros vecinos franceses, quienes en los últimos años han

³⁹ Véase Corsino Vela, *La sociedad implosiva*, 2. ed., Madrid, Traficantes de Sueños, 2022.

vivido la emergencia de varios estallidos: el movimiento de los *gilets jaunes* [chalecos amarillos], la revuelta de las *banlieues* tras el asesinato de Nahuel, el conflicto por las pensiones o las luchas de *Le soulèvement de la terre* [Los sublevados de la tierra]. Sabemos muy poco acerca de lo que está pasando: dónde se van a producir los próximos estallidos, quienes serán sus protagonistas. Lo que parece quedar claro es que esta anómala situación de «tranquilidad» de la que goza esta «provincia» europea, se ha producido a través de la recomposición de al menos una fracción de esas clases medias golpeadas por la crisis. Estas clases medias, fundamentalmente subvencionadas por el Estado, han sido capaces de reproducir no solo su posición de dominio sino también sus expectativas y aspiraciones vitales mediante la valorización de sus credenciales académicas, la propiedad o la herencia.

A partir de los aprendizajes sobre la restauración de la normalidad pos15M y sobre los procesos de declive de los movimientos sociales que hemos descrito, más allá de la fetichización de la organización y a partir de los apuntes sobre estrategia que hemos esbozado, nos parece que la cuestión fundamental a resolver hoy pasa por sacudirnos las etiquetas e identidades movimentistas y encontrarnos para anticipar la crisis y dar respuesta al problema de la composición.

Cuando decimos anticipar, no se trata de prever dónde se van a producir los próximos conflictos para dirigirlos hacia no se sabe muy bien dónde; se trata más bien de entender que es el propio conflicto, la organización y los sujetos en lucha, los que deben encarnar la estrategia a seguir.⁴⁰ Porque, como bien señala Raquel Gutiérrez Aguilar, son más bien «las luchas, a través de sus acciones, logros y deliberaciones —y no los programas políticos, las clasificaciones *ex ante* o los diseños de lo posible exteriormente pergeñados— las fuentes que iluminan y dotan de contenidos a las transformaciones posibles en cada ocasión».⁴¹ Se trata por lo tan-

⁴⁰ Véase Pablo Carmona, «El sindicato de la crisis. Anticiparnos al próximo colapso», *La restauración de la normalidad. Cuadernos de Estrategia*, núm. 1, 2023.

⁴¹ Véase Raquel Gutiérrez Aguilar, *Horizontes comunitario-populares*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2017.

to de salir a la búsqueda y el encuentro de las luchas que ya se están produciendo y construir alianzas y composiciones sociales y políticas que puedan protagonizar el próximo ciclo de luchas por venir.

Suscríbete

a Zona de Estrategia

Cuadernos de Estrategia son los monográficos de la revista online *Zona de Estrategia* / zonaestrategia.net. ZE pretende agitar la crítica, impulsar políticas autónomas y promover análisis e investigaciones militantes construidas desde las luchas, desde el conflicto y desde la crítica situada y en tiempo real.

ZE es un espacio de debate activo. Todas nuestras publicaciones están abiertas al público pero, para liberarlas y sostener el proyecto, necesitamos tu apoyo.

Suscríbete a la revista por 50 euros al año y

- **Haz posible la publicación** online de artículos de análisis, crítica, estrategia y pensamiento autónomo en ZE

- **Recibe en casa los monográficos** *Cuadernos de Estrategia* en formato papel (2/3 al año); con la suscripción recibirás el número actual y el anterior y podrás acceder con descuento a todos los números anteriores

1. El retorno de la normalidad. Del 15M a los gobiernos progresistas
2. El declive del neoliberalismo. La crisis de la solución a la crisis
3. El sentido común punitivo. Debates y resistencias desde los movimientos
4. Crítica de los movimientos sociales. Clase e identidad en el neoliberalismo

- **Recibe invitaciones** para participar en presentaciones, debates presenciales, seminarios y foros por todo el Estado.

Modalidad de suscripción anual

- ☐ Tarifa precaria 35€/anual ☐ Tarifa normal 50€/anual ☐ Tarifa apoyo/instituciones o colectivos 90 €



Para suscribirte, rellena el formulario en la web o escríbenos a info@zonaestrategia.net